

tan larga, no nos sería posible pagar tan sagradas deudas, menos podrá hacerlo el suicida, que no goza sino de un tiempo menor del otorgado por la naturaleza.

En general son dos las causas principales, ó por mejor decir, excusas que se dan para el suicidio: la desgracia y la deshonra; pero si recordamos lo dicho en las sanciones de la ley moral, vemos que ambas cosas no son sino el resultado de nuestras acciones; y desde tiempo muy antiguo, se ha calificado de cobarde al suicida, porque carece del valor suficiente para hacer frente á los males que por sí mismo se ha buscado. El hombre desgraciado por sus desaciertos, conservando la vida, puede llegar á adquirir la fortuna, á la que renuncia suicidándose; aquel que ha sido deshonrado, enmendándose llega también á granjearse el aprecio de la sociedad, y relativamente está en sus manos alcanzar un grado de felicidad, si con su ejemplo salva á otros, que como él, se hubieran perdido en el escabroso camino de la degradación.

CAPÍTULO VI.

DEBERES INTELECTUALES.

Deberes intelectuales. — La instrucción. — ¿Cómo debemos instruirnos? — ¿Qué libros debemos estudiar? — Petrarca. — Carácter.

Deberes intelectuales. — Hemos hablado de los deberes físicos, los que reconocemos como necesarios; ahora trataremos de los intelectuales que también lo son; porque según antes dijimos, el cuerpo sin el auxilio de las facultades, estaría expuesto á toda especie de peligros, como le sucede al hombre salvaje. Además, sería imposible que llegásemos á establecer el orden que exige la existencia, ni mucho menos á alcanzar cierto grado de perfección al que el hombre aspira sin cesar, si no educásemos convenientemente la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. Ésta, sin la cual no podemos concebir la realización de ninguno de los actos humanos, necesita de la razón y el juicio para poder hallar la diferencia entre el bien y el mal; y sin el conocimiento de estos, el juicio y la razón, no tienen punto de apoyo sobre que fundarse, para que la voluntad ejerza sus funciones dirigidas siempre al bien. Sin embargo, de poco puede servirnos el conocimiento de los deberes impuestos sobre la parte intelectual, si

desconocemos la manera de poder llegar al cumplimiento de ellos, y los medios que nos han de servir á tan laudable fin.

Un niño bueno que desea ayudar á su padre, llevando por ejemplo, el libro de cuentas de la casa; nunca podrá hacerlo, si en vez de estudiar aritmética, ó se pone á leer música, ó pasa todo el tiempo corriendo y jugando por la calle. Esto es muy claro; y si para poder llevar el libro de cuentas necesita estudiar, entonces se instruye en aritmética; y lo mismo tendrá que hacer para cualquier otra cosa que pretenda. Según esto vemos que, la sólo manera de educar las facultades, es por medio de la *instrucción*; y ésta, dependiente de la voluntad, la tenemos siempre á nuestro alcance.

La instrucción.—Es un hecho, que el hombre instruido tiene más probabilidades de poder alcanzar la felicidad relativa á que aspiramos en la tierra, que no el ignorante. El primero, según las circunstancias en que se halla, toma las resoluciones más apropiadas; y después de haber calculado, hace aquello que con menos trabajo y riesgo le ha de conducir al logro de sus aspiraciones. Conocedor del bien y el mal, procura siempre seguir el camino recto, y evita todo aquello que según su juicio, pudiera traerle malas consecuencias. No puede hacerlo así el desgraciado ignorante; para él, no hay signo, ni indicio alguno que le de una idea de lo que debe hacer, y es un verdadero juguete de las circunstancias en

que se halla; á veces, queriendo llevar á efecto un bien, produce un daño mayor que el que pretende evitar.

En algunos libros para los niños, se halla un cuento que sirve para ilustrar este punto. Una familia muy rica, pereció en un incendio que por la noche se declaró en la casa que habitaban. Juan, sirviente muy querido, guiado por la idea de atajar una nueva desgracia, decidió ir á ver al hijo de las víctimas que se hallaba en un colegio, y darle la terrible nueva con la mayor suavidad posible. Con cara muy alegre se presentó al joven, y éste, después de haberse enterado de las cosas más importantes, le preguntó por *Corina*, una perrita favorita de la casa. Juan, aturdido por la pregunta, sin saber de qué manera salir del aprieto, contó la muerte del animal, lo del incendio, y la desgracia de la familia; causando por su *ignorancia*, la muerte del joven á quien quería evitar un disgusto. Aunque el cuento nos parezca exagerado, observando, no dejaremos de ver muchos casos que producen fatales consecuencias, de las que es causa directa la *ignorancia*, y no la maldad de las personas.

La instrucción, como antes dijimos, no es difícil adquirirla según las necesidades de cada uno; y se consigue por medio del estudio. Sin embargo, es condición precisa saber como debemos dirigirnos, para que nuestro trabajo no sea infructuoso, y en vez de instruirnos aumentemos más la ignorancia. Hay personas, que con el buen

deseo de aprender, leen sin cesar; pero no piensan que de nada sirve la lectura, si no la comprenden; y les resulta que, almacenan en la imaginación infinidad de dichos, datos y fechas, los cuales, ó no tienen aplicación ó como no los han comprendido, no saben servirse de ellos, cuando y como debieran.

El estudio, para que pueda producir el resultado apetecido, ha de llenar ciertas condiciones. En primer lugar, debemos tener una idea de cuáles son los mejores libros para instruirse; después, *observar* las cosas á que se refiere la lectura, y *experimentar* con ellas si podemos; y finalmente, por medio del *raciocinio*, formarnos un juicio; el cual con el auxilio de la preparación que hemos tenido, en la mayor parte de los casos ha de ser beneficioso.

¿Cómo debemos instruirnos?—Nadie se tomaría la pena de estudiar, si supiera que de ello no iba á obtener beneficio alguno; y no habría quien trabajase, si sus afanes además de proporcionarle la subsistencia, no le dieran al cuerpo el ejercicio que le es necesario para la vida; y sin embargo, muchos estudian y nada aprenden. Lo primero que debemos pensar al tomar un libro, es, que el autor ha tenido necesidad de estudiar muchas cosas que nos son completamente desconocidas, y en él, sólo encontramos los resultados finales de sus trabajos. Si queremos comprender esos resultados, tenemos que cada punto que leemos, examinarlo detenidamente, aislarnos de las pala-

bras y buscar el pensamiento, para ver si lo que nos dicen es verdad. De no hacerlo así, el resultado es llenarnos la cabeza de palabras y de ideas no comprendidas, y que no podemos poner en práctica; por cuya razón, tenemos que considerar ese estudio como trabajo perdido. Eso es respecto de todos los libros que un día y otro nos proponemos estudiar. Desde que el primer hombre vino al mundo, las piedras, las plantas, los minerales, los animales, y en fin, todo lo que existe, era en esencia, ni más ni menos que como es hoy. Si los hombres al ver las rocas, no se hubieran ocupado más que en darles nombre, nunca hubieran llegado á saber que de ellas se saca el hierro, el cobre, la plata, y en general todos los metales, sin los cuales no podríamos gozar de muchas comodidades. Con las plantas, sucedió igualmente; y después de muchísimos años y trabajo, llegaron á descubrir, que el trigo, el maíz, el arroz, las frutas, y otras plantas, servían de alimento; que la yuca tiene dos sustancias: una venenosa y otra alimenticia; y que el opio y la quinina, tan usados por los médicos, se extraen de la adormidera y de la quina; y lo mismo de todo lo demás.

No se ha escrito un solo libro que deje de tener por asunto principal, ó la naturaleza, ó alguno de sus objetos; lo que quiere decir, que es á ella y en ella la que debemos estudiar. La naturaleza no cambia, siempre la tenemos presente, y sólo de su estudio y del conocimiento que podamos al-

canzar de algunos de sus objetos, obtendremos los beneficios á que aspiramos en la vida.

Los niños pequeños, no sabiendo leer, están como si no existieran los libros; y cuando apenas saben caminar, si se acercan á la candela, sienten calor, y si ponen la mano sobre una ascua, se queman, y nunca más se vuelven á aproximar á ella. Es decir, que han aprendido que las ascuas no son una cosa aparente para poner sobre ellas las manos; y como el fuego aquel, no es otra cosa sino un objeto de la naturaleza, ésta les enseñó á tener cuidado.

Vemos pues que, la mejor manera de instruirnos es estudiando todo lo que nos rodea, y lo podemos efectuar primero: observando su forma, color, estructura, y demás cosas generales que nos llamen la atención. Cuando por la observación las hemos llegado á conocer, por medio de pruebas ó experimentos, averiguamos de qué se componen, cuáles son las partes útiles y las que de nada sirven; y después, de éstas hacemos comparaciones y por medio del raciocinio, vemos en qué casos, ó circunstancias, podremos obtener más ó menos ventajas. Un labrador posee un gran potrero en el que nacen diferentes hierbas: unas son altas, otras bajas, las de aquí de hoja pequeña, las de allá grande; en unos sitios, el color es verde oscuro; en los otros, claro y amarillento. Es un deber de aquel hombre, conservar su ganado lo más saludable y gordo posible. En primer lugar, *observa* el tamaño de las hierbas, después el color,

y finalmente la forma de las hojas. Bien enterado de esto, divide el terreno y pone reses á pastar en cada una de las divisiones hechas, observando cuáles han engordado más, y con qué pastos los animales están más saludables. Más tarde, los cambia de un lugar á otro, hasta que se convence que las reses mantenidas en un lado, engordan y tienen mejor vista que las de los otros; resultado de las *pruebas ó experimentos* que ha hecho. Entonces piensa que, sembrando todo el campo de aquella misma hierba, conseguirá el mayor beneficio del cultivo de las reses.

El buen éxito del labrador, ha dependido de la observación, y de los experimentos hechos con las hierbas del potrero y los animales, que le facilitaron los conocimientos necesarios, para *raciocinar* y adoptar lo más conveniente. Sin esas tres condiciones, nuestros estudios serán siempre inútiles, y nunca podríamos llegar á instruirnos, convirtiéndonos en simples depósitos de detalles, que no son útiles, ni á nosotros ni á los demás.

¿Qué libros debemos estudiar?—Varias cosas hay que debemos considerar para hacer una buena elección; pero podremos reasumirlas en dos: la una, es obedeciendo á la afición natural que cada uno muestra para tales ó cuales estudios; la otra, el valor real que tiene la materia que elegimos. No cabe duda que, la afición natural hacia tal ó cual materia, es una ayuda valiosísima para obtener las mejores ventajas del estudio; porque cuando se tienen tendencias para una cosa, es

prueba indudable que la imaginación está predispuesta á ello; lo que supone la mitad del trabajo, facilitado sobremanera por el placer con que se emplea el tiempo, si á uno le gusta la ocupación que tiene. El niño que manifiesta afición por el cultivo de plantas y la crianza de los animales, si se le dedica al estudio de minas, ó á la marina, es difícil que haga grandes adelantos; igualmente le sucede al que teniendo afición á la mecánica, se le destina por ejemplo al comercio; nunca llega á ser una notabilidad. Raro es el inventor que hace negocios por sí mismo con la cosa inventada; y para sacar algo, ó venden sus derechos, ó buscan á algún comerciante que les ayude á trabajar la empresa.

No hemos de tener menos en cuenta el valor de los conocimientos que queramos obtener; la física, las matemáticas, la química, la mecánica, y en general casi todas las ciencias, representan un valor real en todo tiempo y lugar; y en cualquier arte ó profesión que adoptemos en la vida, siempre hallaremos aplicación provechosa para toda esa clase de conocimientos. Sería imposible encontrar hoy un arte, profesión, ú oficio cualquiera, en que no sean necesarios conocimientos más ó menos profundos de las ciencias citadas; y si puede decirse que, la mayor parte de los obreros carecen de ellos, también es un hecho real, que los menos instruidos entre estos, son por lo general los más pobres; verdaderos instrumentos vivos, cuyo trabajo rara vez avanza hacia la per-

fección; pero sí con frecuencia les sale mal. El carpintero que no ha estudiado algo de aritmética y geometría, podrá llegar á hacer los trabajos comunes con algún grado de gusto; pero en el momento que se le presenta una cosa nueva, por ejemplo la armadura para formar un techo; ó gastará mucha más madera de la necesaria, por no saber calcular el peso que debe resistir, ó en el caso contrario, no pondrá la suficiente, y todo se vendrá abajo al poner el tejado. En suma, de uno y otro modo es en contra suya; porque gana menos de lo que debía por haber gastado de más en comprar madera innecesaria; ó pierde su reputación por la caída del techo y después nadie le da trabajo.

Hay otra clase de estudios generalmente llamados de adorno, tales como: la música, las lenguas vivas ó muertas, y otros, son de un valor secundario; porque sólo nos serán útiles en ciertas y determinadas circunstancias. No queremos por esto decir que, se dejen de cultivar las bellas artes y las letras; pero sí, que deben de posponerse á los estudios de mayor importancia. Cuando hemos alcanzado cierto grado de instrucción, y que por él llegamos á obtener una posición holgada en la vida, entonces las tendencias naturales, nos guían insensiblemente hacia la contemplación y el estudio de lo bello, constituyendo en ese caso lo que son, un verdadero adorno. De otro modo, aunque nosotros dejemos de comprenderlo, los que vivan á nuestro lado, nos han de comparar con

aquel del cuento que, teniendo dinero para edificar una buena casa, lo gastó en comprar los adornos para un palacio que tenía esperanza de poder construir; pero como no pudo hacerlo, se quedó



PETRARCA.

sin dinero, sin casa, y con molduras inservibles que nadie le quiso comprar.

Preguntado el célebre sabio y poeta italiano Petrarca (1374), qué libros eran los que leía, contestó:

—“Aquellos que me revelan los secretos de la naturaleza; los que me enseñan el modo de vivir bien, para poder morir sin penas; los que me

cuentan como vivieron los antiguos, y finalmente los que truecan mi tristeza, en alegría.”

Carácter.—La instrucción, proporcionando á nuestras facultades todo cuanto necesitan, para ejercer sus funciones de la manera más conveniente, apartándonos sin cesar de lo perjudicial, y guiándonos por el camino más corto que siempre es el del bien; influye en gran manera, no á la formación del carácter, porque éste nace con la persona, es la personalidad misma; pero sí á educarlo por un lado, y por otro, á evitar que desaparezca. Es natural que, el carácter corresponda al estado intelectual que se encuentra la persona; y raro es cuando no van á la par. En los niños, generalmente se observa la impetuosidad y la obcecación, en sostener cualquier cosa que han dicho, ó bien en obtener aquello que desean; pero al llegar, á ser instruidos, vemos y calculamos las razones en pro y en contra, juzgamos, nos ponemos al lado de la verdad, y entonces se hace ver el verdadero carácter. Valiéndonos de palabras suaves, defendemos de una manera imposible de ser vencidos, lo que estamos convencidos que es cierto: y en nuestra convicción, no nos limitamos á defendernos, sino que, sabiendo que vamos á hacer bien, tratamos de sacar del error al que en él se halla.

Esa fuerza invencible de carácter que da el convencimiento, sólo se consigue con la instrucción; porque un ser inteligente y que no es instruido, si sostiene una cosa como buena y le prueban que es

mala, y esto le ocurre á cada momento, termina por dudar de sus facultades, ve que no le guían por el camino de la verdad, y desanimado concluye por adoptar como bueno, ó malo, aquello que le dicen. En otra clase de personas que, además de carecer de instrucción, sus facultades intelectuales son muy limitadas, se observa es verdad, el carácter natural; pero para poder llamar carácter, éste tiene que tener por guía una sola cosa, que por decirlo así, retrate la persona en todos sus hechos, que no cambie, y que termine con el individuo. La guía del carácter, ha de ser en toda persona, el cumplimiento del deber, el bien.

CAPÍTULO VII.

DEBERES MORALES.

El trabajo. — El trabajo, cualquiera que sea, tiene su grado de dignidad. — Influencia del trabajo en la moral individual. — Economía. — Acumulación de bienes.

El trabajo. — Sabemos que las facultades intelectuales, excepto durante el sueño, se hallan en constante actividad, y difícilmente podríamos imaginarnos que el cuerpo debiera permanecer inactivo; siendo así, que sin él, nunca llegaríamos á poner en ejecución aquello que pensamos. Es natural que, cuando queremos hacer alguna cosa que hemos pensado, ésta ha de ser buena, y por lo menos de verdadera utilidad; lo que constituye el trabajo. La obligación que tiene el hombre de trabajar, está en su propia naturaleza; puesto que si no lo hace, es imposible que pueda atender á las necesidades de la vida, ni tampoco aspirar á la independencia que debe disfrutar.

El hombre vive en sociedad, y si quiere gozar de los mismos privilegios que los demás, y ser igual á ellos, se ve obligado á compartir sus faenas. Por otro lado, el trabajo no sólo provee lo que es necesario al ser físico, sino también al